

# PARA UNA MEJOR INTERPRETACION DEL ARTE DE LA FUGA

Por

Ramón Humberto Moreno Durán



ANGEL LOOCHKARTT. "... De la Misión Guajira". Grafito sobre papel.  
70 x 50 cms. 1974.

Yo estaba detrás de la vieja encina cuando papá le preguntó a Elvira Muntaner si quería casarse con él. Era domingo por la tarde y el calor obligaba a quienes renunciaban a la siesta a refugiarse en los salones interiores ya que afuera, en el patio y el jardín crepitaban con furor hasta las piedras. Sin embargo, una leve brisa subía desde el puerto y se filtraba entre la pineda de Can Feliu y

pronto llegaba hasta nosotros, con lo que el sopor cedía un poco y refrescaba el ambiente. Tras la inesperada declaración, Elvira vaciló, al igual que yo, y cuando miró a papá su rostro había enrojecido y sus ojos parecían cubiertos por un velo de fiebre. Se arregló el blanco foulard de seda, perdido entre los pliegues y encajes bordados de su vestido en voile, ensayó algunos pasos pero se detuvo y esta vez la brisa jugó a su antojo con los mechones libres de su pelo. No pude moverme y, sin saber por qué, supe que si intentaba huir mi vida no valdría ni un bostezo ante la furia de papá, colocado ahora a la diestra de la muchacha, expectante, el sombrero en una mano mientras que con la otra el pañuelo limpiaba el sudor copioso de su frente. Los labios de Elvira se habían vuelto mustios de pronto, en una rara mezcla de ceniza y violetas, y temblaban al tiempo que sus manos jugaban nerviosas con uno de los extremos del foulard. Ambos permanecían clavados, como si acabaran de meter la pata en una ocasión solemne, casi de espaldas a mí, mejor dicha, a la encina, a cuya sombra divagaba en silencio y a donde alcanzaban a llegar ecos de su respiración entrecortada. Entonces Elvira empezó a decir algo que se me escapó por completo, sólo vi el movimiento de sus labios, la mirada baja y una especie de susurro que se llevaba el aire cálido, y fue ese el instante en que Alicia, desde el mirador, me llamó a gritos, y papá y Elvira se dieron la vuelta, sorprendiéndome. Muerta de vergüenza, me abrí paso hasta el camino de los almendros aunque tuve tiempo de consolarme al pensar que yo no era del todo culpable, salté un grueso tronco y antes de entrar en la casa vi cómo papá y Elvira observaban alternativamente mi fuga y el mirador, literalmente sembrados por el estupor entre los macizos de adelfas y los racimos colgantes de glicinas, al otro lado del jardín.

A partir de entonces, cuando paseaba por el Putxet, no podía evitar el recuerdo de lo visto y oído y una sensación extraña como de mala conciencia, se apoderaba de mí mientras observaba a las parejas que deambulaban por la arboleda, sumidas en sus requiebros y caricias, a media voz o, más tarde, cuando mi hermano Andreu empezó a llevar a sus amigas a casa y algo en el ambiente nos decía a Alicia y a mí que había que emprender una

discreta retirada. En realidad no sé bien en qué terminó el asunto pero lo cierto es que papá y Elvira Muntaner nunca se casaron y la responsabilidad de todo me la atribuía yo con una buena dosis de culpa cada vez que la historia asaltaba mi memoria. Elvira se casó con uno de los Gallart, un sujeto que según decía papá era un lletraferit que no servía para nada pero a quien su familia encargó la administración de las plantaciones que tenían en el Caribe, por lo que una vez celebrada la boda los recién casados partieron para La Habana, creo. Pasó mucho tiempo sin que tuviéramos noticias suyas hasta que volvimos a verlos, definitivamente instalados aquí, aunque algo tristes y deteriorados, a comienzos de los años setenta. Papá no se casó pese a que alguna vez escuchamos rumores de un romance, muy bien propalados y alimentados por la tía Elisenda, sin duda apoyada en la más que sospechosa asiduidad de la noia Llinás, que parecía haberse instalado en casa. Pero en esto papá se portó de forma contundente y para nadie fue un misterio su posición, sobre todo cuando se dedicó a jugar con el sentido de noia, palabra que, como es sabido, goza de una particular atención entre los libertinos al punto de que en la lengua de Casanova significa angustia o tedio mientras que en la de nuestro comte Arnau quiere decir muchacha: casi una redundancia, decía papá mientras miraba de reojo a su devota. Al fin y al cabo novia forma parte de la misma familia lingüística -proseguía-, nada menos que una degeneración romance, y cuando hablo de degeneración y de romance no pienso precisamente en los libertinos ni en lo que de buenas a primeras ahora me atribuyen, y miraba compasivo a la tía Elisenda. Pese a todo, cierto aire nupcial quedó flotando en el recuerdo de mi infancia, ya que Elvira Muntaner nos brindó a Alicia y a mí la satisfacción de poder participar como damas de honor el día de su boda con el lletraferit. Yo, detrás de la blanca cola de la novia me sentía como detrás de la vieja encina e incluso pensaba en el foulard y el níveo vestido de verano que lucía la tarde en que oí lo que no debía oír, sumida en no sé qué pensamientos entre las plantas del jardín. De todas formas y por alguna razón que ahora se me escapa, llegué a creer que ésta no era más que la primera de una de las tantas cuotas con que tenía que pagar mi bochornosa falta.

Sin embargo, y aunque parecía que con la edad me había olvidado por completo de todo eso, esta mañana descubrí que tal sensación de culpa seguía viva y que, a lo mejor, mi condena bien podría ser eterna. El caso es que pasados unos cuantos años mi familia, fiel al espíritu de los tiempos, se vio obligada a cambiar de costumbres y a sufrir otras nuevas: las del verano, por ejemplo. Sitiada nuestra casa por el desmesurado crecimiento de la parte alta de la ciudad y dado que lo decente a partir de entonces era veranejar lo más lejos posible de la clase media, a comienzos de julio empezaba un éxodo que sólo terminaba bien entrado septiembre, cuando regresábamos negros como esa gente que canta blues e intentábamos poner un poco de orden en nuestra vieja quinta L'Alzinar, al lado mismo del Putxet. En esa ocasión tenía yo

catorce o quince años y era la tercera temporada seguida que íbamos a la costa. Recuerdo que corrí loca de impaciencia con el fin de tomar posesión de la habitación que había ocupado los años anteriores y que yo adoraba porque su balcón daba exactamente frente a las islas Medas, de las que destacaba la para mí perturbadora mole del Cavall Bernat. Pero Alicia, que estaba insoportable ese verano -cosas del destete, supongo, pues no hacía nada más que fastidiarme-, quería para sí a toda costa esa habitación, por lo que tuve que esforzarme a fondo. En fin, dispuesta a no perder la partida y tras darle un rápido saludo al conserje, eché a correr escaleras arriba y luego tras ganar los dos o tres pasillos y con Alicia pisándome los talones, me encontré ante mi habitación. Sin vacilar



ANGEL LOOCKHARTT. "... A la Misión de Roma". Grafito sobre papel  
70 x 50 cms. 1974.

abré la puerta y entonces me quedé paralizada mientras un grito extraño se abría paso en la semipenumbra. Como en medio de un relámpago ví que alguien saltaba velozmente de la cama, completamente desnudo, y se sentaba en el suelo, con el rostro entre las piernas y los brazos cruzados sobre la cabeza, con aire desvalido, en tanto que la mujer, tras el grito, hacía lo indecible por

cubrirse el cuerpo con las sábanas. No supe qué hacer pero fue mi padre quien estiró la mano, por encima de mi hombro, y después de proferir unas palabras de disculpa cerró con suavidad la puerta. Me tomó del brazo y me llevó a la habitación doscientos dieciseis, donde ya se había instalado Alicia, dueña de un excelente sentido de la ubicación e ignorante del suceso. Ni siquiera le disputé mis derechos y renuncié de esta forma a la singular panorámica sobre las islas Medas, cuya dulce barbarie de olas y gaviotas, de recios acantilados mordidos por el mar y el viento me despertaba al alba y me acariciaba a medianoche. Cohibida y como si acabara de salir de un pozo, me conformé con la habitación doscientos dieciocho, entre las de papá y Andreu, cuyas carcajadas escuchaba ahora, a través de la pared, con un registro difícilmente contenido. Confundir la habitación doscientos seis con la doscientos dieciseis me ha enseñado más sobre la vergüenza y el sentido del ridículo que todas las lecciones que los manuales de urbanidad y comportamiento intentaron inculcarme a lo largo de mi vida. Ni siquiera los errores ajenos menguaron esa sensación de desamparo que se esconde en la risa o el cuchicheo, y pienso por ejemplo que lo mío nada tiene que envidiarle al escándalo que provocó Marcia Alavera en el Liceu la noche en que abofeteó y escupió a Manon Bías Pargas, la amante de su marido, durante la representación de *La Zorra Astuta*, de Leos Janácek. Nunca me he sentido tan expuesta a la compasión como durante ese verano, ya que temía que en cualquier momento los desconocidos amantes interruptus de la doscientos seis pudieran salirmel al paso o, en el peor y más probable de los casos, que estuvieran espiándome con odio, tal vez la pareja de la mesa contigua en el comedor, o esos dos que, en compañía del médico del pueblo, se pasan las tardes en el casino dedicados a infinitas sesiones de tresillo, o a lo mejor el insolente dúo que tropezó conmigo sin disculparse la otra tarde, durante uno de esos Tés Dansants que organizan los del hotel para mitigar la abulia de su clientela, despiadadamente acorralada y azotada por la tramontana.

Y algo parecido a tal estado de confusión fue lo que sentí esta mañana cuando abrí la ventana del balcón para que la brisa refrescara la sala del segundo piso, anegada por los ruidos que desde el desván derrochaba el órgano de mi marido y por la humedad acumulada de los meses de invierno. Y fue entonces cuando ví cómo Hugo Llopart besaba y acariciaba a mi hija Sara, sentados ambos sobre el prado, al amparo de los almendros, y mientras él le hacía cosas exquisitas con las manos ella respondía con una pericia y unas ganas que me dejaron sin habla. Pensé que la historia se repetía y que una especie de fatum implacable me condenaba a revivir un secreto que yo consideraba sepultado en los recovecos más profundos del pasado. Pero lo cierto es que ni siquiera me había acordado del penoso incidente de la encina, ni menos aún de lo otro, cuando Oriol se atrevió por fin a proponerme matrimonio, aunque supongo que fue porque se me declaró durante una agitadísima Nut de Sant Joan en casa de los

Obiols, repleta de extraños y de ruido, gente que hablaba en todas las lenguas peninsulares, lo que no impedía que buena parte se diera a enteder por señas. Pero yo andaba tan loca por Oriol que ni siquiera me preocupaba su notable nariz que le hacia honor a su nombre de pájaro, y mi mayor ilusión consistía en merendar juntos en Petritxol, pasear por el rompeolas y el puerto y luego, siempre con las manos entrelazadas, escuchar conciertos infinitos bajo las bóvedas ilustres de Santa María del Mar. ¿Cómo iba entonces a acordarme de espionajes precoces, violentas irrupciones en habitaciones ajenas y otras historias todavía menos decorosas?

Como si el tiempo no pasara para nada, por mi vida se habían deslizado suavemente los años y con ellos pronto vinieron los hijos y luego se sucedieron unos cuantos veranos, lejos ya de la sombra ancestral de los árboles y de los campos de salvia, condenados a temperar entre las rocas y la arena, en pequeños puertos y calas como la Mar d' Avall o Massa d'Oros, inigualables sorpresas que nos deparaba el litoral. Atrás quedaban pues otras memorias estivales, como los acantilados de las islas Medas y, sobre todo, la mole del Cavall Bernat, esa especie de própago gigante que alteraba con su presencia los días de mi pubertad. ¿Sabía yo a qué obedecía esa mezcla de fascinación y pavor que la inmensa roca producía en mi ánimo? ¿Era consciente ya en aquel entonces de la honda preocupación que me asaltaba cuando con la luz del crepúsculo el enorme glande de la roca se teñía de rosa? Creo que nunca lo sabré. Los nuevos veranos transcurrían, pues, en otras partes, en medio de turistas curiosos y hordas de desconocidos que inundaban durante unos meses el país para que se cumplieran así las esperanzas de los sucesivos planes de desarrollo. Crecieron los hijos -Sara, Horacio y Daniel- pero Oriol se alejaba cada vez más de mí, atrapado por la fiebre del órgano. Me explico: desde que murió el viejo Escofet, su padre, y les dejó a Oriol y a su hermano Jaime todas las responsabilidades -es decir, una tienda de antigüedades, una sólida fábrica de muebles (para fabricar las antigüedades, según decía la malévolamente competencia) y, sobre todo, los tres magníficos órganos que no se sabe cómo logró hacer suyos-, ambos pactaron una sabia distribución del trabajo: Jaime se quedó con la fábrica de muebles y sus correspondientes filiales mientras que Oriol descuidaba la tienda de antigüedades y se dedicaba a la caza de órganos, a los que almacenaba y reparaba con sospechosa dedicación en un viejo garaje que la familia tenía en el Raval y que de la noche a la mañana se convirtió en un auténtico templo pompier, decorado incluso con algunas valiosas piezas expropiadas de la cada vez más desolada tienda de antigüedades. Tras su regular consulta con algunos genios supérstites de las calles Avinyó y Banys Nous pronto se volvió un auténtico especialista y no había para él ningún secreto en la ciencia de ese instrumento a mi juicio tan desusado. Y tal vez para quebrar mi escepticismo, tal vez para que entrara en calor, me dio a leer *La Pequeña Crónica de Anna Magdalena Bach*, la sublime canción del hogar, mientras él se dedi-

caba a recorrer toda la comarca en busca de piezas, decía, recuperables. Entonces empezó a recibir cartas de muchas partes. El párroco de Castellfollit lo ponía sobre la pista de un órgano magnífico y el Rector de Vallfogona lo sometía durante varios días a sesudas consultas. No se había desentumecido aún cuando de nuevo hacia la maleta y se instalaba en un vetusto caserón de Calonge para analizar un armatoste hecho trizas, lo que no le quitaba los ánimos para desplazarse después hasta un remoto pueblo en las márgenes del alto Segre, llamado por un venerable mossén que ponía a su disposición y por una módica suma una auténtica joya de finales del siglo XVI. No descansaba: desde Lleida hasta Gandesa, desde Ripoll hasta Solsona, de aquí para allá, infatigable, daba buena cuenta del patrimonio cultural aunque la mayor parte de las veces era la pecunia familiar la que se resentía. Pero no todo era arte en tales desplazamientos, ya que incluso llegó a flaquearle la moralidad conyugal en Sant Joan de les Abadesses, algo que comprendí y superé sin mayor trauma, pues los coqueteos de mi marido con la bibliotecaria del lugar no eran nada comparados con las aventuras del comte Arnau y la abadesa Adelaida, dona formosa i de vida dissipada i lliure, como de todos es sabido. Las cosas, empero, volvieron a su cauce y, bien vistas, no eran tan grises como intentaban presentármelas. Desde Alsacia primero y luego desde diversos puntos de Baviera y Turingia empezó a recibir correspondencia más o menos seria de quienes él llamaba especialistas. Era una cofradía de individuos extraños, ceremoniosos, la mayor parte flacos y entecos pero con unos tímpanos a prueba de catástrofes. A menudo organizaban encuentros a los que me arrastraba Oriol y gracias a tales simposios fue como mi marido empezó a salir en los periódicos. Tan célebre se volvió que algunas de mis amigas, bastante malpensadas, como Emma Gispert, me guiñaban el ojo mientras hacían bromas a costa de la enorme experiencia en órganos que desde que se casó había adquirido mi marido. Sea como fuere, también yo fui tocada por la gracia y algo de toda esa sabiduría se me contagió. En los congresos incluso me atrevía, de colega a colega, a formular comentarios sobre el mundo de los teclados, fueran éstos manuales o de pedal, o sobre los botones y tiradores para accionar los registros. A cambio recibía lecciones magistrales sobre los llamados secretos, esto es, sobre válvulas, fuelles, circuitos y todos los medios para alimentar de aire a los tubos o, mejor, al sin fin de tubos, ya que, afirmaban, de la misma forma que en el órgano social por antonomasia, que es la democracia, cada hombre es un voto, en el órgano musical más excelsa cada tubo es un sonido, irrepetible en su calidad y acento. Se engarzaban entonces en discusiones sobre la sonoridad y las notas de escala, sobre los colores tímbricos, sobre la relación entre altura y diámetro cuya sonoridad, creo recordar, dependen de si el tubo es cónico, prismático o cilíndrico. En fin, no dejaban de hablar de lengüetas, tubos de boca, presión de aire, de registros flautados y bordones, de orlos, zimbábulas y nazardos y de todas las minucias de un oficio que, con el debido respeto, me parece pasado de moda. Pero

lo más gracioso es que incluso su sentido de la caballerosidad los invitaba a hacerme cumplidos en su jerga. Uno de ellos- un auténtico virtuoso del trémolo- descubrió en mí algo que llamó Temperamento equable y que, en lengua normal, es el sistema de afinación musical en el que se apoya nada menos que la grandeza de El Clave Bien Temperado o, lo que es lo mismo, el abrete sésamo para comprender El Arte de la Fuga. Pese a tan eruditos piropos, mi paciencia, ya bastante golpeada, se rebeló el día en que mi marido intentó explicarme ante un grupo de fanáticos reunidos en torno a los tubos del Palau algo que me sonó a tomadura de pelo: la composición, pieza a pieza, del órgano hidráulico de Herón de Alejandría. Demasiado para mí, dije, y como prueba de mi bien asumido analfabetismo dejé de asistir a sus ágapes, verdadera orgía de pastores luteranos, benedictinos vestidos de civil, calvinistas y unos cuantos seglares a los que se les caía la baba. Como venganza ante mi deserción, Oriol transformó el desván de la quinta en una especie de conservatorio y allí trasladó el más pequeño de sus órganos, copia exacta del que Bach tenía en su casa de Arnstadt, y con el que decidió obsequiar gratis los castigados oídos del vecindario, entre el que nos contamos y en primera fila mi paciente hija -Horacio y Daniel supieron emigrar a tiempo- y yo misma.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la escena tras la vieja encina o mi comprometedora irrupción en la habitación doscientos seis? Esta mañana, cuando ví a Sara retozar de forma tan irregular según los antojos de su novio sentí como la casa parecía hundirse bajo mis pies, pues la presencia de los mismos árboles, el deliquio sentimental roto por la abusiva mirada de un testigo y, en fin, todo mi pasado de niña masacrado por la ingenua sensación de ser la culpable de la ruptura del compromiso entre papá y Elvira Muntaner, todo eso se vió disparado al infinito al escuchar cómo Oriol, desde el desván, ensayaba por vigésima vez la difícil tesitura de una Tocata y Fuga que no se decidía a volar. ¿No había algo de ironía entre todo esto y la recurrente escena que creía olvidada? Lo cierto es que en el instante en que abrí la ventana - Noia finestrera es cansa d'ésser soltera, decía tía Elisenda- y sorprendí a Sara y a su Llop part en pleno trueque manual quedé atrapada por la vergüenza acumulada de un pasado que se negaba a morir, y ya me disponía a cerrar de forma apresurada la ventana cuando el insolente chirrido de los tubos del órgano comenzó a hacer estragos en la idílica atmósfera del jardín. Al unísono, mi hija y su novio se dieron la vuelta, asustados, sorprendiéndome en cobarde y desordenada retirada. Creo que nunca me he sentido más insignificante que en ese momento -la mirada de desamparo de Sara, con uno de los senos al descubierto como en el cuadro la Libertad guiando al pueblo; la sonrisa de lástima del joven Llop part, con una mano todavía apoyada en el seno de la Libertad-, y por eso comprendo que a la hora del almuerzo mi hija no me haya dirigido la palabra, aunque el que no entiende nada es Oriol, golpeado por el silencio plúmbeo del comedor, por mis constantes miradas de odio y,

sobre todo, por el violento golpe que dí con la cuchara sobre el plato al tiempo que le decía algo que lo dejó sin aliento, lelo e inerme como ese trozo de bacalao que aguarda su turno entre la salsa. ¿Qué motivos tienes para echarme en cara la frustrada boda de papá? Sara levanta entonces el rostro, mira a su padre que, incrédulo, a su vez me mira a mí, y en ambos advierto un creciente sentimiento de piedad, los años no perdonan, pobre mujer, qué barbaridades dice. Pero mi furia aumenta y se desborda en una sucesión de despropósitos que, no obstante, están inspirados en la más pura lógica. Todo mundo es libre de manosearse como le dé la gana, ¿no? ¿Quieren decirme entonces qué razones tengo para meterme donde no me llaman? Esta vez Sara, considerándose aludida, se irguió con rapidez y corrió hacia mí con cara de absolución plena, tranquilízate, mamá, no pasó nada. Oriol también se puso de pie aunque, cada vez más ignorante de lo que pasa, no sabe qué demonios hacer con la servilleta, convertida ahora en una gruesa pelota de trapo entre sus manos. Y, pese a la enorme perplejidad que alteraba el ambiente, parecía que si no la sensatez por lo menos el orden volvía a imponerse en casa, pero fue ese el instante en que observé cómo la desolación invadía el rostro de mi marido y la inquietud los ojos de Sara y, segura de que por fin me entenderían del todo, hice una de esas preguntas que por sí mismas son una contundente respuesta. ¿Puede alguien imaginarse lo que sentí al sorprender a la pareja desnuda en mi habitación, a punto de echarse a llorar en mi presencia? Sara ya no pudo contener las lágrimas y al ver que el conocido rictus de la derrota se apoderaba del labio superior de su padre se abrazó a él. Entonces, para aclarar más el asunto, intenté explicarles la relación que yo veía entre los gordos tubos del órgano y el falo pétreo del Cavall Bernat, aunque en vista de la desdichada cara que ponían a medida que yo hablaba desistí. Pensé, sin embargo, que la cosa no era para tanto y, convencida de la bondad de mis motivos, me dejé arrastrar por mi temperamento - tal vez no tan equable como decía el del trémolo- y emprendí la última de mis fugas, dispuesta a volver aícos el maldito órgano con cuya fanfarria mi marido me humillaba desde que instaló su resentimiento en el desván.

*Barcelona, once años después.*

## MORENO DURAN: Entre Meninas, Mandarinas y Matriarcas



JUAN MANUEL SALCEDO. Sin Título. Sanquina. 100 x 70 cms. 1977.

En los últimos trece años, R.H. Moreno-Durán ha dado a nuestras letras latinoamericanas, pese a su juventud, una de las obras más sólidas y novedosas: *Femina Suite*, una trilogía sobre la mujer, sobre una mujer distinta de la que aparece en la literatura colombiana y en la mayoría de la latinoamericana: la mujer culta, urbana, la universitaria, la directora de galerías de arte, la dirigente política, la mujer que lee lo que quiere y piensa por su cuenta.